

Génesis II

Ijon Tichy

El astro errante vagaba más allá de la nube de Oort. Alejado del influjo de cualquier estrella. Tenebroso, inhóspito. Casi inalcanzable.

Pasaría muy cerca de la masiva esfera de asteroides. Era una gran oportunidad.

El James Webb lo había detectado unos años atrás, justo antes de terminar su actividad. Los cálculos indicaban que se dirigía hacia las proximidades de Alfa Centauri. Era un planetoide rocoso rico en hierro, orbitado por una pequeña luna de hielo. La espectrometría así lo había confirmado.

El humano no estaba ni remotamente preparado para enviar una misión tripulada con el objetivo de alcanzar aquel sorprendente mundo. Al menos todavía. Sin embargo, era un desafío razonable enviar un robot. Los Estados, las agencias espaciales y ciertas empresas privadas se pusieron de acuerdo. Se coordinaron para diseñar y ejecutar un proyecto que significaría el principio del éxodo del Sistema Solar.

Disponían de aproximadamente tres años para realizar el lanzamiento. La tecnología de impulso vía láser había acelerado sensiblemente la velocidad de desplazamiento en el espacio. Se habían realizado múltiples pruebas. La distancia cubierta por las sondas Voyager había sido superada varias veces.

Era el momento del salto cualitativo. Sería un hito científico inigualable. Supondría una nueva etapa. Permitiría sentar las bases para el viaje que inexorablemente aguarda. Antes de que la Tierra deje de ser habitable; antes de que el Sol nos arrase.

Se logró el objetivo. El robot Prometeo aterrizó. Teníamos un billete de ida hacia la estrella más cercana. No era gratuito, pero el transporte era fiable y sin necesidad de combustible. Las baterías del robot se cargarían con el calor que desprendería el planetoide. Además Prometeo disponía de células que se alimentaban de la radiación cósmica, aunque en menor medida, pues todavía era una tecnología muy novedosa pendiente de ser explotada eficazmente.

Un módulo de la nave que transportó al robot se separó a la altura del cinturón de Kuiper. Otro cuando fue traspasada la nube de Oort. Ambos satélites servirían de repetidores para las comunicaciones. Unos cuantos más se desprenderían durante el camino hacia el vecino sistema estelar. Aun así era una incógnita hasta cuándo y dónde aguantarían las transmisiones.

Durante décadas se hizo seguimiento de la misión. El astro interestelar seguía su camino firmemente. Nos acercaba con celeridad pasmosa a Alfa Centauri. A su vez, las exploraciones del planetoide denominado Génesis daban sus frutos. Era una pena no haber podido completar el estudio con perforaciones en la capa congelada de la luna, llamada Lilith. Quizás la vida se escondía en su gélido océano líquido.

Mientras tanto, en la Tierra, la tecnología avanzaba exponencialmente; el sueño de explorar otras estrellas estaba más vivo que nunca. Nuestro sistema estelar había sido colonizado con éxito: Marte,

Encélado y Europa eran bases estables. Hogares de nueva creación. Puestos de avanzada de una Humanidad dispuesta a conquistar el cosmos. A expandir las esporas por toda la galaxia.

Al fin Génesis alcanzó el punto de la trayectoria más cercano a Alfa Centauri. Prometeo seguía funcionando, si bien sus herramientas y funcionalidades estaban sensiblemente desfasadas respecto al nivel técnico actual. No obstante, los astrónomos y técnicos pudieron efectuar sin problemas la monitorización de toda la misión, extrayendo valiosos datos que a posteriori se convirtieron en información absolutamente imprescindible. Génesis continuó su camino, errando por el inconmensurable vacío interestelar. Prometeo se perdió con él.

El ultratelescopio Stanislaw Lem localizó un exoplaneta vagabundo que se dirigía cerca de Alfa Centauri. Habían pasado casi dos centurias desde el inicio de la misión que holló Génesis.

Miles de personas habían trabajado en la senda trazada por Prometeo, preparando a la Humanidad para salir del Sistema Solar. La perseverancia en lograr el objetivo redundó en tecnologías insospechadas. Cambiaron muchas facetas de la vida cotidiana de los ciudadanos. Los beneficios fueron ingentes. Pero la gran meta seguía ahí. Y el Lem dio con otra oportunidad: un planetoide errante precioso, compuesto de oro, plata, rodio y platino. La Humanidad se enfocó intensamente en atravesar el vacío interestelar. La comunidad científica se vio respaldada por inversiones jamás vistas. ¿Podríamos abandonar el Sol?

Los tiempos permitían elaborar un plan brillante con plazos muy razonables. Teníamos la capacidad, teníamos los recursos. Tras muchos años de infatigable esfuerzo, cuando llegó el momento, los mejores fueron seleccionados: veinticuatro astronautas dispuestos a atravesar los límites de la nube de Oort y posarse sobre un planeta vagabundo que se dirigía hacia Alfa Centauri.

Si tuviese que sintetizar en unos pocos párrafos la historia que precede a esta gran misión, así sería. Vivimos el momento, pero disfrutamos de los avances que nos han proporcionado las generaciones anteriores. Incontables horas de sacrificio motivadas por un bien común futuro. Abstracto, intangible. Pero ahora lo vemos, lo sentimos. Todo era real. Estoy presente en esta aventura, soy cosmonauta interestelar. Génesis II nos lleva a Alfa Centauri.